



El Eco de la Cruz

PAX VOBIS

Año XXXVIII Zaragoza, 4 de Diciembre de 1936 Núm. 899

CON CENSURA ECLESIASTICA

Se publica los primeros y terceros viernes de cada mes

—000—

Dirección y Administración: Calle del Pilar, 10.

Sucursal de «EL ECO DE LA CRUZ», Conde de Aranda, 1, Almacenes del Portillo.

INMACULADOS

El mundo ha quedado prendado de María.

¿Cómo no, si es la criatura predilecta de Dios, si Dios ha hecho en Ella su obra maestra y ha derramado en Ella los tesoros de su sabiduría y de su poder?

Los cristianos miran a María con embeleso, la aman sobre todas las cosas que hay después de Dios.

Es la Madre de Dios ¿puede darse mayor grandeza?

Dios nos la ha hecho Madre también nuestra ¿puede haber mayor mo-

tivo de honor, de ternura y de confianza?

Los santos no se cansan de ensalzarla; recorren el universo entero, cielos y tierra recogiendo todo lo más bello y rico para ofrendarlo a María; agotan sus palabras pero su corazón no ha dicho, no ha podido decir todo lo que siente.

María es su encanto, su consuelo, su refugio, su abogada, su luz, su maestra... su Señora, su Madre.

El cristiano más vulgar siente una devoción delicada hacia María. La invoca diariamente al despertar y al acostarse, le pide en todas sus necesidades y tribulaciones; a Ella acude en los trances supremos del dolor y la desgracia.

¡María es nuestra Madre!

¿Quién no siente su corazón estremercse de alegría y confianza?

¿Quién no experimenta una impresión de seguridad?

¿Quién no se postra ante Dios en un acto de gratitud suprema?

Pero el alma percibe también un rayo celestial de su hermosura. Y es tal la miseria humana y la visión de nuestra propia indignidad, que es quizás la nota que más nos cautiva.

Estamos manchados por el pecado que ya arrastramos como carga inseparable. Por donde quiera que miremos es el pecado lo que se ofrece a nuestra vista con toda su repugnancia y todos sus estragos.

Arriba, abajo, a la derecha, a la

izquierda, en la antigüedad, en la prehistoria, en el hombre culto, en la selva, en el joven y en el viejo... siempre el pecado envenenando el alma o empañando al menos su brillo celestial.

María es la única sin pecado, ya desde el primer instante de su ser.

¡Qué brillo, qué hermosura!

Por eso pasa el torrente de la Luz increada sin obstáculo y la enciende y sublima sobre toda criatura. Es todo el poder de Dios obrando a su gusto y sin trabas en el alma dócil de María, la esclava del Señor.

El pecado es la sombra que no deja pasar la luz; es el obstáculo para la acción de la gracia divina.

Es preciso quitar el pecado, dejar al alma transparente para que Dios haga la transformación.

Claro que Dios es quien ha de limpiarnos del pecado; pero esto es el primer paso; no hemos de parar ahí. Después de quitar los obstáculos Dios comienza su construcción.

Y la obra que Dios hace con las almas puras es de una maravillosa hermosura y solidez.

Purifiquemos nuestras almas, preparemos también los sillares de la ciudad futura. El Papa nos ha dicho que de nada servirán todas las reformas políticas y sociales si no se va antes a la reforma de las costumbres.

¡Madre Purísima, ruega por nosotros!

TOMÁS

A LA INMACULADA CONCEPCION

Mirad, mirad cuán bella, radiante de hermosura
sonríe venturosa con gracia celestial
la Reina de los Cielos, la Virgen casta y pura,
María concebida sin mancha original.

¿No veis esa mirada tan dulce y expresiva
que, vívido reflejo de gracia y de candor,
a todos nos conmueve, consuela, nos cautiva
y enciende en nuestros pechos la llama del amor?

Pues es que su cariño nos muestra placentera
y acoge nuestros ruegos con maternal bondad
gozando del transporte de gratitud sincera
con que solemnizamos su gran festividad.

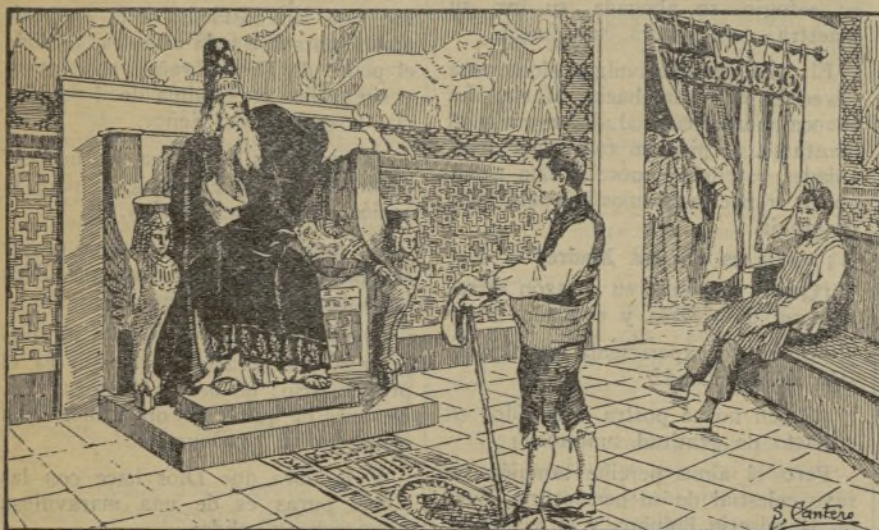
Se alegra de que el joven le aclame la más pura
sintiendo embelesado su ardiente corazón
y ensalce sus bondades, su maternal ternura
llevado de fervores, de santa devoción.

Se alegra de que el vate con versos cadenciosos
sus gracias celestiales describa con primor
y goza que la música con sonos melodiosos
entone las grandezas que la otorgó el Señor.

Se alegra de que el ave le aclame con su canto,
cual himno sonriente del día al despertar
y goza de que gayas las flores con su encanto
intenten su belleza sublime retratar.

Se alegra, en fin, que todos postrados a sus plantas
cual hijos cariñosos de noble corazón
cantemos y alabemos entre sus gracias tantas
su santa, su bendita, su pura Concepción.

EL DUENDE AZUL



TRIBUNAL BARATO

—¡Macario...!
—¡Señor...!
—¿Qué bulla es esa?
—Nada, nada, ya no pasa nada.
—¿Pero qué escándalo es ese?
—Ahura ya, nada, ya s'ha pasau todo.

—¿Y qué es lo que ha pasado?
—Un arguellau, un tisico, que a poco lo tiro pol balcón u po la escalera.
—Habla con buenos modos.
—Con esta gentuza hay que acabar así, porque si no enseña uno los

dientes u los puños no te ejarían ni aun respirar. Pues güenas tripicas tengo yo. Al ultimo se l'acaba la paciencia al más santo...

—Pero ¿se puede saber lo que ha pasado? Porque todo son rodeos y no dices nada.

—Es un tío cansau que yá estuvo otro día y lo tuve qu'espachar de malas maneras; y ahura con otro romance.

—¿Y quién te ha autorizado a tí para despachar a nadie?

—No; si yo... es que...

—Aquí puede entrar todo el mundo; y que no te vuelva a ocurrir que despidas ni maltrates a nadie. Todo el mundo pobre o rico ha de ser recibido con verdadero amor, porque son hermanos nuestros; son unos pobres necesitados de consuelo y de consejo y les hemos de acoger con caridad.

—Pero hay cosas que no se puén aguantar. Himos comido aquí el plato unico, que maldita la falta que hacía, y menos que nos lo manden en esta casa; porque denantes siempre tenías una miajica esperanza de que cayera algún churicico, pero si emprecipian con esto del plato de judías ya himos acabau pa toa la eternidad.

—¿Y eso qué tiene que ver con el escándalo que has armado?

—¿Que si tié que ver? Aun tengo hasta la boca las judías del otro día y viene ese mal criau di hombre a ensultar con lo que había comido en el plato unico. Icíá, no himos comido más que un arrocoico con unos bocadicos de jamón, y churizo, y huevos duros y longaniza... Me se regolvió el estomago y la cabeza de rabia y no lo dejé acabar la letanía de cosas güenas, too lo mejor. Gracias a que se marchó. Y aun icía que sólo un arrocoico...

—Eres una calamidad; que no se repita.

Tilín, tilín...

—Anda, abre...

—¿Dá usted su permiso?

—¡Adelante...! ¿Qué deseas?

—Mirusté, señor Mago, soy un obrero católico.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre; yo hi sido siempre católico y lo mismo mi mujer y mis hijos, como lo eran nuestros padres.

—Me alegro mucho; tus padres te enseñaron y te dieron buen ejemplo y ahora lo haces tú con tus hijos y tu mujer. Muy bien.

—En mi casa la religión lo primero; lo himos mamao ya.

—Es lo mejor, recibir las enseñanzas cristianas al principio de la vida.

—Ahora podemos respirar, pero ¡qué años hemos pasao, señor Mago! aquello no era vivir.

—Ciertamente, años de persecución continua contra la religión y contra todo lo bueno.

—Hay que pasarlo, señor Mago,

como un servidor que llevo ya veinte años en la misma fábrica.

—Han sido años muy duros. Las organizaciones marxistas se lograron infiltrar en todas partes. ¡Qué locura y qué insensatez! se las veía crecer y no se opuso una barrera infranqueable. Cuando ellos se vieron poderosos, desbordaron el campo obrero invadiendo poco a poco, y aun a veces atropelladamente, toda clase de organismos profesionales, pero, desde luego subordinados a los obreros; y tuvimos “los trabajadores del comercio y de la banca”, “trabajadores de la pluma”, de la enseñanza, de la sanidad...; una invasión obrerista, y mejor, un monopolio obrerista y a la vez una capitulación o claudicación de las demás clases que era una verdadera degradación. Las clases intelectuales, las verdaderas directoras de la sociedad, sometidas a la clase menos ilustrada; el mundo al revés, y así ha ido todo. Pase que los obreros se dirijan a sí mismos, pero que se erijan en directores y aun monopolizadores de la vida social es un absurdo. Se vieron más numerosos y se creyeron ya los más fuertes, y con eso ya pretendieron tener el derecho; porque el que no alcanza más, no entiende ni respeta otro derecho que la fuerza; y así, ellos, que han clamado siempre contra la tiranía y han proclamado de continuo la libertad y la justicia, son los que, en la práctica, (y luego ya también en la teoría del modo más cínico) han apelado a procedimientos de violencia y de tiranía.

—Dígame usted a mí. Yo no quise asociarme y fui de los pocos que quedamos en la fábrica sin asociar; pero no nos dejaron sosegar; al principio los compañeros siempre a la carga como unos cansaos; después, las burlas, las indirectas, el aislarte como si fuera uno unapestao; después, ya no se contentaron con eso, empezaron los insultos y me llamaban traidor. La primera huelga que se declaró a la fábrica, continuó el trabajo porque seguimos unos cuantos y, aunque con mil apuros, la producción no paró. Aquello nos hizo más odiosos a los demás, que creyeron perdida su batalla por nosotros y entonces nos declararon el boicot; el amo nos llamó y nos dijo que nos asociáramos, que así habría paz; aquello fué pa mí como un tiro, porque el amo había de estar agradecido a nosotros que le habíamos salvao la huelga; no tuve más remedio que tomar el carnet; me veía ya en la calle y con todas las puertas cerradas, sin pan para mi casa y no tuve más remedio que asociarme con los marxistas. ¡Qué días aquellos! Y los demás que han seguido. Créame usted; lo que pagaba por mi cotización me salía del alma y me llenaba de pena cuando nos daban la orden de paro para una huelga de solidaridad; ¡yo solidario de tanta infamia! esa era la libertad. ¡Gracias

a Dios que ha acabao aquella tiranía y aquella mentira.

—Comprendo bien esas amarguras tremendas que has pasado y sé que no eras tú sólo el que las pasaba. A medida que los extremistas se iban haciendo más procaces, iban comprendiendo muchos que aquello no era lo profesional, y la conciencia no les dejaba tranquilos. ¡Lástima grande que no hayáis tenido valor para organizaros en un sindicato católico, como quería el Papa.

—Ya lo hablemos varios, pero no nos hacían caso; los otros eran muchos y fuertes, y los mismos patronos eran los que menos nos atendían porque no nos podían temer.

—Triste, muy triste situación. De todos modos no debíais haberos asociado con los marxistas, sino haber redoblado vuestros esfuerzos para asociaros los cristianos. En circunstancias extremas el obispo es el que ha de estimar si pueden dar su nombre a una organización *aconfesional*, no a un sindicato que se propone combatir a Dios y a la sociedad.

—No crea usted que es lo mismo decirlo que hacerlo.

—Hay circunstancias muy duras en la vida; pero cuando llegan es preciso cumplir con los deberes de esos momentos aunque sean heroicos. Tengo la convicción de que muchos, muchísimos estabais a la fuerza y que no habéis dejado de practicar la religión y anhelabais este cambio; lo reconozco y os he tenido siempre una gran compasión, pero creo que podíais hebar hecho algo más.

—¡Señor Mago...!

—El Papa mismo en su encíclica “*Quadragesimo...*” dice que los obreros (los que se ven forzados a no constituir sindicatos católicos) han de procurar atender a su formación religiosa en otras asociaciones católicas, a fin de que infundan en las organizaciones sindicales el buen espíritu que debe animar toda su actividad. Y este punto ha sido muy descuidado.

EL MAGO

BIBLIOGRAFIA

¡¡España!! *Alzamiento de la Patria contra Moscú*. Por J. Mata. Zaragoza, Imprenta Editorial Gambón. Noviembre, 1936. 2'50 ptas.—Es un folleto de 176 páginas con 32 grabados de retratos de los ilustres defensores de España y diversos mapitas que ayudan a seguir la interesantísima narración.

El autor ha permanecido largo tiempo oculto en Valencia hasta que pudo escapar a la barbarie roja, y ha querido escribir este librito para abrir los ojos a tantos obcecados, alentar el patriotismo y elevar el corazón en presencia de tantos y tan gloriosos mártires.

Se lee de un tirón y queda el lector con ganas de más, lleno de emoción con la visión de tan espantosos sucesos, y confortado por el heroísmo de nuestro ejército y milicias; y sobre todo, por los martirios. Dentro de la brevedad está bien documentado y escrito con unción.



¡El corazón!...

He ahí la gran fuerza.

Nada es pesado ni difícil para el que ama.

El mismo dar la vida no le sería trabajo, sino placer.

Ahí tienes un santo. Si el caso llega, sabe morir por Dios, bendiciéndole y alabándole.

Por esto el corazón es también el lado flaco del que ama.

Es su mayor debilidad.

¿Se ha interesado el corazón? Queda desarmado.

Dios mismo se nos muestra desarmado por su propio Corazón.

Nos sufre tanto, y nos perdona tanto, y nos espera tanto, por esto, porque nos ama.

Su Justicia nos tendría siempre cerradas las puertas de su Misericordia.

Su Corazón las tiene siempre abiertas de par en par.

Se le da poco a Dios: démosle nosotros.

Se hacen pocos sacrificios por Dios; sacrifiquémonos nosotros por El.

Se le ama muy poco, pero muy poco; amémosle nosotros.

Todo Dios se da a ti cuando cumples.

He aquí la justa correspondencia: darte todo tú a El.

Sin reservas.

Sin restricciones.

En una generosidad sin límites.

En una abnegación plenísima.

Para que haga de tí lo que quiera.

Y como quiera.

Y cuando quiera.

Y por los medios que quiera.

Ese fué siempre el camino de todos los santos.

M. DE STA. CATALINA

OLOR DE CRISTO

ALMA LIBRE

La vida del hombre sobre la tierra es una continua lucha, dijo Job.

Pocos lo han experimentado como ese portento de paciencia que nos ofrece la Escritura, pero nadie hay que no esté plenamente convencido de ello.

La Historia es un tejido de guerras horribles en todos los países, en todas las épocas, en todas las civilizaciones. Cambian los tiempos, se transforman las costumbres, pero sigue la guerra regando la tierra con sangre. Avanza la cultura, progresa la humanidad, asombran los inventos que proporcionan tanto bienestar, con sus ciudades bellas, sus casas llenas de comodidades, sus viajes rapidísimos y sugestivos; pero la guerra no ha desaparecido; antes se ha hecho mil veces más mortífera.

Lucha también, más continua aún con las personas con quienes convivimos en sociedad. Desatenciones, rivalidades, deslealtades, ingratitudes... ¿Quién no ha experimentado ese cansancio de vivir, agotada la resistencia moral, en que se desearía verse libre de la carga de la existencia, como exclamaba el gran apóstol S. Pablo?

Y sin llegar a esos abismos de tribulación hemos gustado el amargor del sufrimiento que nos produce el desasosiego del que está fuera de su centro, del que añora la patria.

Inquietud y lucha mayor aún si nos acercamos a lo íntimo de nuestro ser. Lucha con las pasiones, con nuestras inclinaciones.

Los antiguos sintieron hondo el hierro de esta lucha y siempre ha habido almas alumbradas por un destello de esa "Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo", que han comprendido que era preciso encauzar esa borrasca turbulenta, y estudiaron el alma y fundaron sistemas de moral, aconsejando la austeridad y el dominio de sí mismo.

La multitud se preocupa poco; sucumbe en la lucha o hasta se abandona insensata a la corriente cenagosa de los placeres o del menor esfuerzo.

Los ascetas han visto en sí mismos el mayor enemigo del alma, siempre en lucha, inseparable, inolvidable. No es extraño que centren su acción para rendir a la carne y ponerla bajo sus pies. Y después, no parar hasta no lograr el dominio del principio mismo del dominio, de la voluntad, reina y señora de nuestro ser.

Si no se llega a la voluntad no hemos tocado más que a las puertas del alcázar. Hay que tener las llaves del edificio y seremos dueños del corazón y de todo nuestro ser.

Mirad a las gentes del mundo. Ven claro cuando aspiran a la independencia; es la soberanía de sí mismos,

algo como la mayor edad, la perfección y madurez del ser.

Todos piensan en ser hombres, en casarse, en montar una industria, en hacer algo, lo que sea, por cuenta propia, siendo ellos mismos el principio de su iniciativa y de sus actos. En una palabra, aspiran a hacer *lo que quieren*, sin que nadie pueda oponerse o inmiscuirse.

Y cuando ya no hallan obstáculo alguno, cuando ya hacen *lo que quieren*, están en un error. La mayor parte de las veces son esclavos de un ideal o de una pasión. Al llegar a esta situación es difícil torcer la corriente y lo frecuente es que en los actos menudos de la vida diaria y mucho más en los trances difíciles no se logre una decisión serena e imparcial. La voluntad está inclinada en un sentido e impone su predilección.

Por eso la lucha constante de los santos para despegarse de todo lo terreno mortificando de continuo sus inclinaciones y sus gustos, aun los más inocentes y legítimos. Era su vida una gimnasia y un entrenamiento incesante de todas sus potencias siempre en ejercicio de la más severa disciplina para que respondieran con fidelidad indefectible y aun automática.

El gran maestro de la vida espiritual S. Ignacio de Loyola, pone como base de la misma la indiferencia absoluta; no querer más riqueza que pobreza, salud que enfermedad, vida larga que vida corta, honor que deshonra...

D. Juan tenía ese desprendimiento de las cosas del mundo y gozaba de esa hermosa libertad del alma sin trabas para elevarse hasta Dios. No le llamaba *indiferencia*; hemos de ser *superiores* a las cosas, las hemos de dominar, porque todas las cosas son inferiores al hombre y así sólo a Dios puede el hombre adorar y aspirar. Dios ha hecho las cosas buenas; hay cosas destinadas para nosotros y las apetecemos legítimamente y gozamos de ellas. Dios ha hecho también ese placer. Pero somos y hemos de ser superiores a todas esas cosas.

No nos debe extrañar, pues, si le veíamos ceder con tanta facilidad en todas las cosas. Lo mismo en los alimentos, que en sus distracciones y conversaciones se le veía natural, apeteciendo como los demás cualquier gusto o preferencia; pero cedía al momento sin esfuerzo, como si no sintiese atractivo alguno. Una vez me dijo con sencillez: "no me gusta hacer cuestión de gabinete de ninguna cosa".

Y era verdad, siempre dispuesto a complacer haciendo agradable la vida a los demás, con suavidad deliciosa.

JUAN DE LA CRUZ

EL ECO DE LA CRUZ

Administración: Pila, 10—Zaragoza

PRECIOS DE SUSCRICION

| De | 1 ejemplar de cada número, al año. | 200 |
|-----|------------------------------------|-------|
| 2 | " | 3'00 |
| 3 | " | 3'75 |
| 4 | " | 4'50 |
| 5 | " | 5'00 |
| 10 | " | 10'00 |
| 15 | " | 12'50 |
| 20 | " | 15'00 |
| 25 | " | 16'50 |
| 30 | " | 18'00 |
| 50 | " | 25'00 |
| 100 | " | 45'00 |

A nuestros suscriptores

Enviamos EL ECO DE LA CRUZ a todos los suscriptores residentes en las zonas liberadas por el glorioso movimiento nacional; y lo enviaremos inmediatamente a todos los puntos que se vayan ocupando. El trastorno producido por el comunismo es enorme y a todos nos alcanza.

Comprendemos bien los agobios económicos de la hora presente, pero urge extraordinariamente esta siembra espiritual, en condiciones tan favorables como el momento actual. Este resurgir cristiano es prueba de que el pueblo ha visto claro el valor de los intereses religiosos; está hambriento de doctrina, de religión; hay que propagar cuanto sea posible la prensa religiosa. Por eso

A los suscriptores de EL ECO les rogamos:

1.º Que propaguen y den a leer EL ECO DE LA CRUZ.

2.º Que abonen cuanto antes el importe de su suscripción, y si les es posible, con sobreprecio voluntario. Las actuales circunstancias nos exigen a todos sacrificios y fácilmente se comprende el trance difícil en que nos colocan.

3.º En los puntos en que haya desaparecido el suscriptor o administrador que recibía EL ECO a su nombre, rogamos a los suscriptores que se dirija a esta Administración el que pueda distribuir EL ECO y se encarga ya de hacerlo, aunque sólo sea provisionalmente.

Todo para mayor gloria de Dios y por la grandeza de España.

La Administración